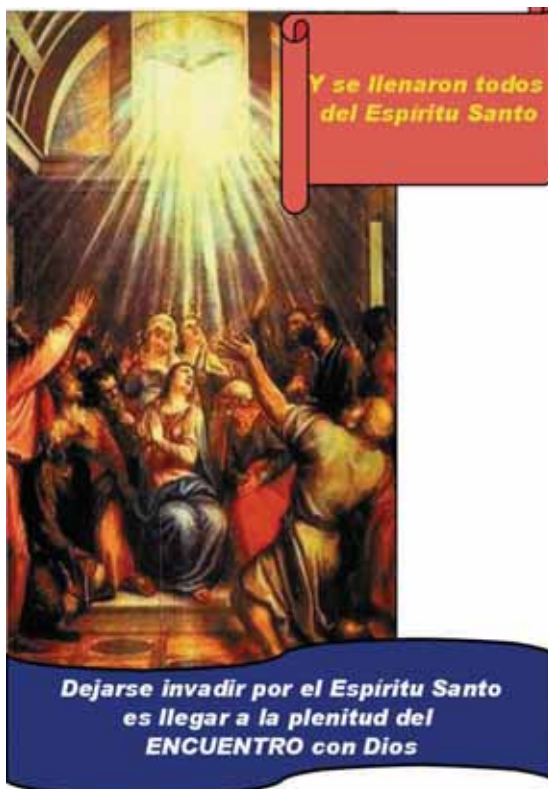


Domingo de Pentecostés



Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: «La paz con vosotros.» Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor. Jesús les dijo otra vez: «La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío.»

Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.» (Jn 20, 19-23)



Y se llenaron todos del Espíritu Santo

Dejarse invadir por el Espíritu Santo es llegar a la plenitud del ENCUENTRO con Dios



Los tímidos, los asustados, los obtusos apóstoles se convirtieron repentinamente en puras antorchas de entusiasmo...

Durante la vida de Jesús parecían impermeables a los misterios que les exponía: era torpe su fe, materialista su alma. Y ahora, de pronto, ardían, parecían haberlo comprendido todo, desaparecía su cobardía. Un poeta pondrá en su boca:

*Ahora la mediocridad cayó de nuestros hombros
como un manto que se pierde en la carrera.*

Y donde hubo pescadores tartamudeantes,
nacieron llamaradas, y epístolas, y martirio.

J. L. Martín Descalzo



Los días que siguieron a la Ascensión fueron para los discípulos un tiempo de deliciosa espera. Reunidos en el Cenáculo, que encerraba para ellos tantos recuerdos dulces, agrupados alrededor de María, que perpetuaba entre todos la imagen viviente de Jesús, en compañía de los *hermanos* del Señor, fieles ahora, formaban en verdad un solo corazón y una sola alma. De cuando en cuando llegaba a reunírseles algún desaparecido de los muchos que dispersó la última borrasca. Pasaban la mayor parte del día en el templo, asociándose a las oraciones públicas e improvisando por su parte himnos de alabanza y de acción de gracias. Estos entusiasmos de piedad espontánea, que contrastaban con el formulismo frío y rígido de los fariseos, impresionaban vivamente a las masas que la proximidad de la fiesta atraía a Jerusalén.

San Pedro no esperó más para ponerse resueltamente a la cabeza de la pequeña grey confiada a sus cuidados por el Divino Pastor, sin que nadie le negara su prerrogativa de jefe, según cuentan los Hechos...

La mañana de Pentecostés se hallaban reunidos los discípulos en el Cenáculo. Tal vez tenían el secreto presentimiento de que iba a realizarse algo muy grande. Esta fiesta, una de las tres principales solemnidades del ciclo litúrgico... Un ruido, parecido al estruendo de una violenta tempestad, llenó toda la casa, pero sin sacudirla como lo hubiera hecho un temblor de tierra. Al mismo tiempo reposaban sobre cada uno de los allí reunidos ráfagas de luz, semejantes a lenguas de fuego. De esta manera empezaba el Espíritu de Gracia y Santidad su misión visible, bajo los símbolos escriturarios del viento y el fuego que caracterizan su acción...

Fernando Prat: *Jesucristo*



Sobre todo el libro de los Hechos nos presenta al Espíritu Santo como el protagonista de la vida tanto de la Iglesia como de cada cristiano, de la misma manera que el tercer evangelio nos lo presentaba como el protagonista de la vida de Jesús: pensemos en su concepción virginal, en su bautismo, en su vida pública, que se desarrolla bajo el signo del Espíritu (Lc 4,1-2.14-21; etc.).

Pentecostés es la manifestación visible del Espíritu, que hace de los apóstoles, antes cobardes y temerosos, personas valientes y decididas, inaugurando así el tiempo de la Iglesia como tiempo del Espíritu (He 2,1-4).

Los signos a través de los cuales se manifiesta el Espíritu son sumamente sugestivos: el "ruido del cielo, como de viento impetuoso" ... que recuerda la teofanía del Sinaí; el "viento" es uno de los símbolos más antiguos del poder de Dios y corresponde a la raíz misma del término "espíritu" (en hebreo, *rúaj*). Las lenguas de fuego que se repartían y se posaban sobre cada uno de ellos, recuerdan la "columna de fuego" que guiaba a Israel por el desierto en su marcha hacia la tierra prometida, símbolo de la presencia de Yahvé. Finalmente, el don de las "lenguas", que no encuentra paralelo en el Antiguo Testamento. Es el signo del carácter universal del nuevo pueblo de Dios, libre ya de toda clase de división de razas, de condición social y hasta de sexo (cf Gal 3,27-28), y camino hacia la reconstrucción de la unidad plena del género humano, en contraposición a la dispersión que representó en sus tiempos la torre de Babel.

A partir de entonces será siempre el Espíritu el que con nuevas intervenciones caracterizará las nuevas etapas de expansión de la Iglesia.

S. Cipriani, en *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*